

to de Gilberto de la Porea, obispo de Poitiers, el cual separaba la ciencia divina de la persona del mismo Dios, profesando además otros errores contra el misterio de la Encarnación. Gilberto, combatido por San Bernardo, pretendió no haber sentado tales principios, y aplazada la decisión para el concilio de Reims, que celebró en el siguiente año, fueron en él condenadas las erróneas opiniones de Gilberto.

Eugenio convocó luego un concilio en Treveris, donde se examinaron los escritos de Santa Hildegarda, religiosa muy célebre entonces, y como las sencillas y candidas contestaciones que dió á los que la interrogaban, así como el testimonio de San Bernardo que se encontraba presente, no permitieron á Eugenio dudar de que recibía un favor particular del cielo, permitiéndole escribir sus revelaciones, exhortándola á hacerlo con piadosa prudencia, y encareciéndola eficazmente que conservase por la humildad la gracia que había recibido.

«En otro concilio reunido en Reims, continúa el Sr. Cebada, tuvo lugar una escena que colmó de gozo á todos los corazones católicos de la Francia; Gilberto se presentó personalmente á abjurar sus errores; fué admitido al ósculo de paz, y encargóse de nuevo del gobierno de su Iglesia.

«Eugenio se dirigió en seguida al monasterio de Clairvaux, donde si bien rodeado de la pompa de Sumo Pontífice, vivía como un simple religioso; bajo los ornamentos de su dignidad no abandonaba el cilicio; su lecho estaba cubierto de púrpura y de magníficas telas, mas en su interior solo contenía paja y sábanas de lana. Al hablar á la comunidad, no podía contener sus lágrimas, y exhortaba y consolaba á los antiguos compañeros de sus primeros trabajos religiosos con afecto fraternal. ¿Qué conducta podía dar mejor idea de la excelencia de los principios que se recibían en Clairvaux, de aquellos principios que excitaban en un italiano, nacido lejos de aquel suelo, tan profundos recuerdos? ¿Qué situación podía estrechar con mas fuerza los vínculos de afecto que unían la Italia á la Francia? Cuando los franceses y los italianos se hallen apartados unos de otros, alimentarán todos ciertas preocupaciones que perjudicarán su mútuo acuerdo, mas cuando se vean de cerca, se amarán, conocerán todos lo que cada uno vale, se de-

volverán bien por bien, y darán á las demás naciones el templo de la verdadera fraternidad católica.

«No se nos hable ya de las debilidades de este ó del otro pontífice; olvidemos los errores, no pensemos en acusaciones quizás exageradas, y demos gracia á Dios que permite de tiempo en tiempo la aparición en la tierra de aquellas divinas virtudes que nos ofrecen ciertos pontífices; virtudes que no conocen, que no pueden conocer otros príncipes ni otros hombres; virtudes que regocijan el corazón, desolado quizás por las angustias que sufrieron tantos papas destinados al dolor, de cuyos funesto anales nos hemos hecho eco para enseñar, que en el estado religioso, lo mismo que en otro cualquiera, no conviene aspirar imprudentemente á las grandezas, debiendo en cambio recordar el grande número de papas que rehusaron la tiara, aceptándola solo por obediencia.

«La España se hallaba agitada por cierta cuestión doméstica, cuando recordando Eugenio que existía en aquella región un hijo adicto y fiel, Raimundo, arzobispo de Toledo, le escribió una carta, confirmando la primacía concedida por Lucio II á la iglesia de Toledo, y uniéndola á ella el presente de la Rosa de oro.

«No obstante que en las páginas 84 y siguientes de este tomo, hemos hablado detenidamente de la *Rosa de oro*, continuaremos aquí las siguientes noticias de Artaud de Montor, al que pertenecen estos apuntes históricos. Según Calmet, San Leon IX, instituyó en 1050 la bendición de la Rosa de oro, cuando después de reunir á la Santa Sede el monasterio de la Santa Cruz en Alsacia, undado por sus antepasados, y herencia suya, quiso eternizar la memoria de este acontecimiento, imponiendo á dicho monasterio el tributo anual de una rosa de oro de dos onzas de peso. Según la bula esta rosa debía ser entregada al papa *protémpore*, y llevada en adelante por él en la acostumbrada ceremonia del cuarto domingo de cuaresma. El abogado consistorial Carlos Cartari, no admite semejante suposición en su *Tratado de la rosa de oro* y de los ritos usados para su bendición (Roma 1681 y 1687, en cuarto) y atribuye su institución á tiempos tan antiguos que los críticos modernos no pueden estar de acuerdo con él.

«Nóvaes al referir el pontificado de Inocencio IV (III, pág. 214) asegura que este papa envió la *Rosa de oro* en 1248 á los canónigos

de San Justo de Lyon, por haber habitado entre ellos cerca de siete años; que en 1249 dióla á Raymundo, conde de Tolosa, que visitara á su Santidad en la misma ciudad de Lyon, y que fué el primer pontífice que verificó dicha bendicion; mas el mismo Novaes nos dice en otra parte que esta institucion data de 1400, probablemente del tiempo de Bonifacio IX, y sin admitir lo que dice dom Calmet, cree que San Leon bendijo tambien rosas de oro. Para poner de acuerdo á Calmet, y á Novaes, no hay mas sino que decir que la *rosa de oro recibida* puede haber dado la idea de la *rosa de oro conferida*. Acerca del dia en que se procedia á su bendicion, no hay la menor dificultad, y todos los autores convienen en que aquella se verificaba el cuarto domingo de cuaresma.

»Hasta la época en que los papas residieron en Aviñon, habia tenido lugar en la iglesia de santa Cruz en Jerusalem; mas á su regreso á Roma practicóse la ceremonia en la sala de los *paramenti*, en el palacio pontificio, llevándose luego la rosa procesionalmente.»

Despues de varios triunfos alcanzados contra los arnaldistas, Eugenio volvió á Roma á fines del año 1149.

En 1151, mientras que el Papa se veia obligado, á causa de nuevas turbulencias, y á residir en la campaña romana, recibió á los arzobispos de Colonia y de Maguncia, llamados para dar cuenta de su conducta en varias circunstancias; cuyos prelados sabiendo la extrema miseria á que el pontífice se veia reducido por las doctrinas de los arnaldistas, quienes no admitian que el sacerdote viviese del altar, habian llevado consigo una crecida suma de dinero, recogida entre los fieles alemanes y la ofrecieron al Papa, el cual la rehusó. Vista escrupulosamente la causa de los arzobispos, quedaron estos completamente justificados, y Arnoldo, arzobispo de Colonia, recibió varias gracias y privilegios que fueron conservados hasta el principio de este siglo por el titular de aquella diócesis, desapareciendo en medio del trastorno general sufrido por la Alemania á ejemplo de la Francia.

En 1152, canonizó Eugenio á Enrique I emperador y rey de Germania, bajo el nombre de Enrique II, y queriendo en la misma época recompensar á la Irlanda de sus religiosos sentimientos que resplandecian ya entonces con el mismo brillo que en el dia, ins-

tituyó cuatro arzobispados; que fueron los de Armagh, de Dublin, de Cashel y de Tuam.

A instancia de Graciano, benedictino célebre por su coleccion de los decretos de los papas y de los concilios, Eugenio instituyó en las academias los grados de bachiller, de licenciado y de doctor, con distintos privilegios.

Novaes si bien habla de este suceso parece negarlo creyendo anterior la institucion de dichos grados.

Cuanto mas acercaba Eugenio al fin de sus dias, tanto mas nobles y piadosas eran sus acciones; la ingratitude de los romanos no secaba la fuente de sus beneficios; embelleció su capital, reedificó Santa Maria la Mayor, é hizo construir en ella un pórtico proporcionado á la majestad de aquel templo, adornándolo con magníficos mosaicos.

El Pontífice no olvidó á su familia, es decir, á la órden del Cister, y este fué su glorioso nepotismo; además de confirmar los estatutos de la órden, acordóla cuantos privilegios razonables podia desear y á los que era por tantos títulos acreedora. Si el Papa amaba á Clairvaux, Clairvaux le amaba tambien, y San Bernardo dedicóle sus libros sobre la *Consideracion*. Eugenio consideraba al santo como á su maestro y tenia en mucho sus consejos, habiendo abusado de ellos muchos hombres extraviados para exajerar los abusos que Bernardo reprendia. De todos modos infundia ciertamente admiracion asi la prudencia personal del Pontífice como la de un gobierno, en el cual las amonestaciones y consejos, dados algunas veces con acritud, eran recibidos con agradecimiento y con fruto.

En Eugenio se encontraba la piedad, la ciencia, el desinterés, el celo para el buen gobierno de la Iglesia, para los progresos de la religion y para la extirpacion del error, admirables virtudes cuya union inspira la idea de lo que debe ser un gran Papa; buscaba á los sabios y sabia juzgarles; recompensaba á los letrados y hacia nacer entre ellos el espíritu de emulacion. A él se debe el pensamiento de traducir las obras de San Juan Damasceno sobre la fé ortodoxa.

Este Pontífice recobró Terracina y construyó en Roma un Palacio cerca del Vaticano, palacio que fué derruido mas tarde para

hacer lugar al vasto edificio que sirve en el día de habitacion al Papa.

El papa Eugenio III gobernó ocho años, cuatro meses y diez días, habiendo fallecido en Tivoli en 8 de Julio de 1153.

Hasta aquí la narracion histórica que de este Papa y sus inmediatos antecesores hace Montor. De las relaciones del P. San Bernardo con Eugenio III, nos ocuparemos á su tiempo detenidamente.

Anastasio IV, fué el sucesor de Eugenio III. Llamábase ántes Conrado de Suburna; habia sido canónigo regular, prior en el monasterio de San Anastasio y luego obispo cardenal de Santa Sabina, nombrado por Honorio II. Fué elegido Papa el día 9 y consagrado el 12 de Julio de 1153.

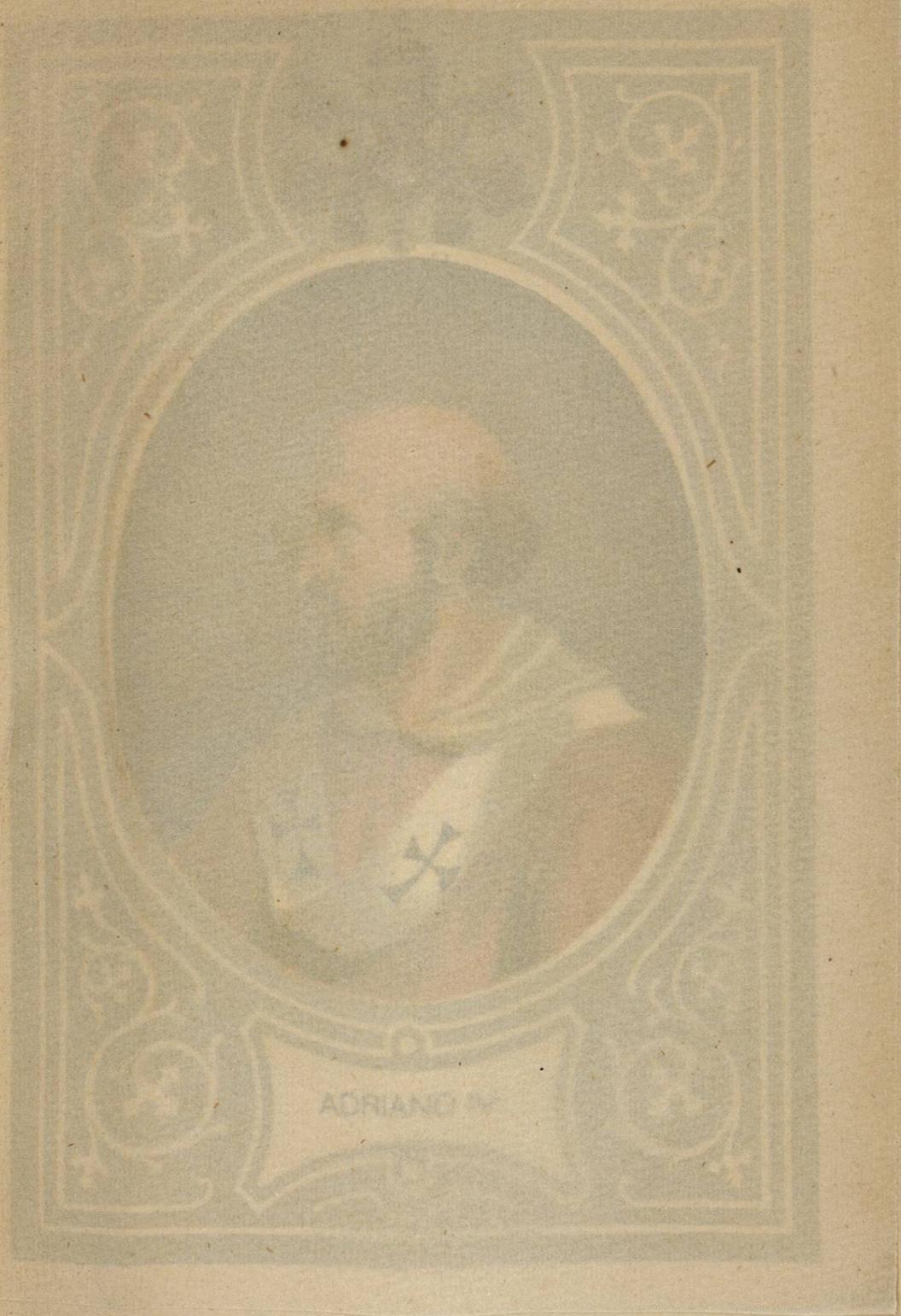
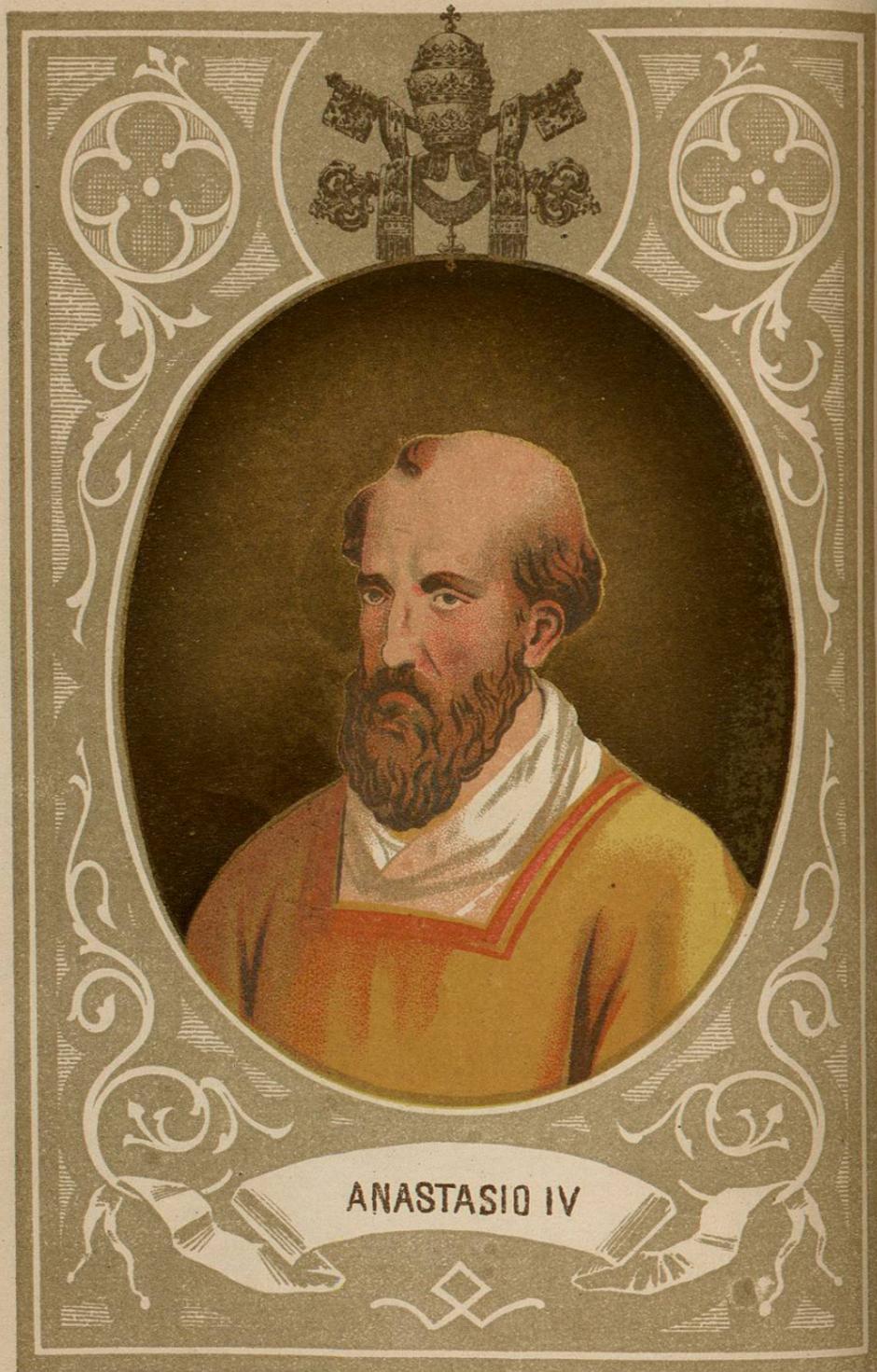
Durante este Pontificado la Iglesia lloró la muerte del P. San Bernardo.

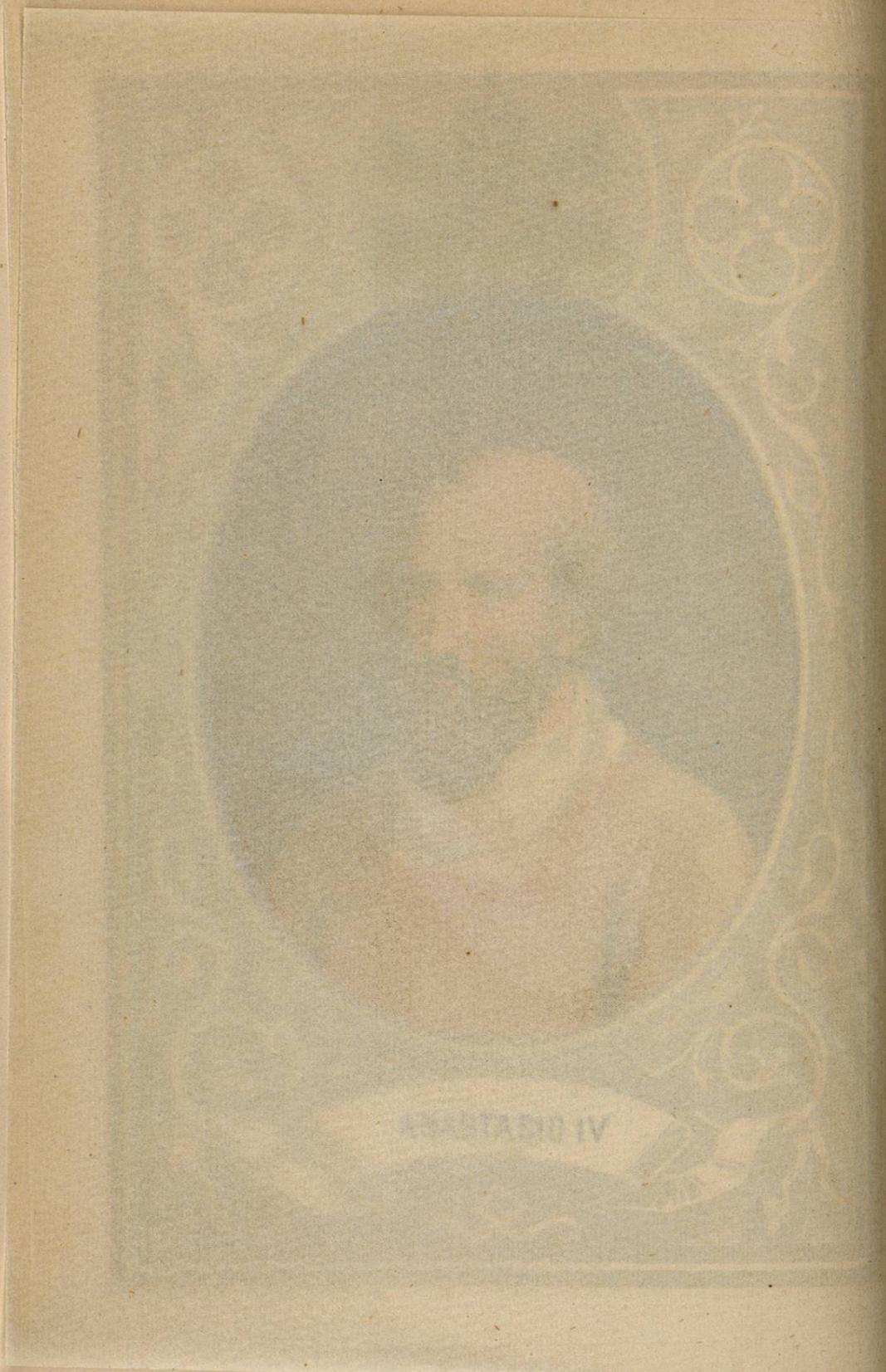
En 1154, Anastasio concedió á los caballeros de San Juan de Jerusalem la plena propiedad de cuanto les habia sido dado y se les diese para el cuidado de los peregrinos. Tambien concedió el uso del anillo al abad de Corvel en Sajonia, por el tiempo de su vida.

Rigió la Iglesia Anastasio IV un año cuatro meses y veinte y tres días, habiendo fallecido el 2 de Diciembre de 1154.

Sucedióle Adriano IV, inglés y el único Pontífice que su nacion ha dado á la Iglesia. Llamábase ántes Breekspear ó Rompe-lanza. Era de humilde cuna y habia nacido en Langley. En Francia donde se trasladó para hacer sus estudios, fué primero criado de los canónigos regulares del monasterio de San Rufo, cerca de Aviñon y despues fué admitido religioso. Pronto se captó el amor general por su modestia que iba unida á los vastos conocimientos que adquirió, si bien la envidia no dejó de hacerle guerra. Ascendido al cargo de prior, sus enemigos le acusaron ante el papa Eugenio III, el cual por toda contestacion, les dijo: «Id y elegid un superior á vuestro gusto: el que ahora teneis no os pesará mucho.» En efecto al poco tiempo le llamó á su lado y en 1146 le creó cardenal obispo de Albano.

En seguida le envió legado á Dinamarca y á Noruega, cuyo cargo desempeñó á satisfaccion del soberano Pontífice.





ANASTASIO IV



ADRIANO IV.